

Locura de Dios

Por José Mejía y Mejía

Dios en la ilímite grandeza de su corazón dadivoso, nos concedió hace treinta años el singular privilegio de servirle resueltamente en la siembra y cultivo de la buena semilla —del buen grano—, de aquel grano de mostaza con que Cristo equiparó el Reino de los Cielos, y que siendo el más pequeño de los granos, cuando ha crecido en tierra limpia y fecunda llega a ser tan grande como un árbol que ofrece a todos la sombra protectora de sus follajes.

Y también Dios, en su infinita bondad, nos ha regalado la imponderable gracia de ser hoy testigos fieles del esplendor maravilloso de aquella fundación docente que inicialmente bautizamos Universidad Católica Bolivariana y que, como el cristianismo, vino materialmente al mundo en harapos, en andrajos, tan vestida de desnudeces físicas como de recias e inequívocas afirmaciones doctrinarias. Porque no obstante la arrogante providencia canónica o diocesana que ordenó su aparición, la Universidad Católica Bolivariana tuvo que realizar sus primeros ejercicios en aulas tan improvisadas como burdas, en albergues menesterosos y precarios, tal vez porque el otro decreto o mandato de su constitución —el Decreto divino—, invisible en apariencia, quiso establecer determinadas circunstancias semejantes con la llegada a la tierra, sobre el grosero pienso de las bestias, del Camino, la Verdad y la Vida.

Carecimos, en verdad, del más sencillo mobiliario y de los enseres más elementales, pero en cambio, qué fornidos bagajes de fe, de mística y de convicciones, qué equipo más colmado de corazones ardientes, inteligencias resueltas y voluntades decididas, todos nosotros con el pulso firme, sin una duda ni una trepidación, con el raro e iluminado presentimiento de que algo estábamos creando porque estábamos creyendo! ¿No nos dice el alto idioma evangélico —tan poco escrutado, tan escasamente conocido y practicado—, que no hay mayor fuerza que la fe, capaz de trasladar cimas y remover montañas?

Las generaciones fundadoras de la Universidad Pontificia Bolivariana —la rectoral, la profesoral y la discipular—, no queríamos un claustro más de enseñanzas rutinarias y petrificadas, ni menos nos seducía levantar otra redundante fábrica de diplomas doctorales o proletariados profesionales. Nuestra inaugural proposición fue tan espiri-

tual, ideológica y patrióticamente ambiciosa como el propio inventario de cultura universitaria que ahora realiza el país y exalta de manera unánime e indiscriminada la opinión del pueblo colombiano, al advertir que esta prodigiosa fundación cristiana se ha proyectado sobre las complejas realidades sociales de la nación, en su desorbitado crecimiento de ahora, para ofrecerle a la comunidad mucho más que frescas cosechas de bachilleres, de abogados o ingenieros mecánicos, de arquitectos urbanistas o ingenieros químicos, economistas o decoradoras. No. Aparte del profesional idóneo, la Universidad Pontificia Bolivariana se ha esforzado, con evidentes logros, en la formación de hombres útiles y valerosamente cristianos, porque lo trascendente para nuestra sociedad en el proceso acelerado de estos tiempos neo-paganos, es no solo defender sin pavidéz ciertos valores perdurables y eternos aún no devastados por las concupiscencias y materialismos de la vida, sino infundirles a todos sus tejidos, nervios y estructuras la vigorosa savia de ese evangélico humanismo cristiano que empieza por consagrar el supremo respeto a la persona en todas las escalas sociales, pero especialmente conquistando esa dignidad para el prójimo indefenso e inerme en el orden económico, que tiene que librar con armas desventajosas los crueles emplazamientos de la lucha por la existencia, el tremendo reto de la simple subsistencia cotidiana. El humanismo católico-bolivariano no solo puede ser un saber sino una conducta ante la vida, no un repertorio de sabidurías sino de categorías y calidades éticas ante los hombres, frente a la existencia.

Y como la Universidad Pontificia Bolivariana no buscaba lanzar al mundo social, económico, industrial o político de nuestra patria sucesivas emisiones de profesionales, sino de cristianos integrales, tiene que seguir probándole a nuestro pueblo que en sus claustros se conjugan armónicamente las dos principales enseñanzas de la pedagogía racional respecto de la formación e información del educando, sobre la escultura de su alma y su abastecimiento ilustrativo, para que el egresado pueda ser ante sus semejantes, un varón total, un patriota y cristiano absoluto, sin bifurcaciones ni antagonismos internos, sin divorcios vinculares entre su confesión religiosa y doctrinal y la realidad de sus actos privados y actuaciones públicas. El bolivariano no puede actuar únicamente como profesional esclarecido en alguna ciencia, arte, técnica, conocimiento o instrucción superior dejando aparte, dejando a lado —maltrecho, herido, vencido o zaguero—, al hombre cristiano que también aprendió en nuestras cátedras la sabiduría del bien; del bien obrar, la ciencia de la justicia y el mandamiento único de “amarás a Dios por sobre todas las cosas, y al prójimo como a tí mismo”, ese lacónico puñado de vocablos que volvió añicos todas las estructuras y super-estructuras del orbe pagano. Sería la peor catástrofe ética de nuestra fundación benemérita que los bolivarianos estimáramos que los triunfos profesionales deben privar o prevalecer —cuando envuelven anchos lucros, o encarnan ganancias fabulosas, dividendos en monedas, en vanaglorias, en fama o poder para hartar nuestras mezquinas codicias terrenas—, por sobre toda afirmación, ratificación o refrendación ascética y gratuita de nuestra intrínseca investidura católica-bolivariana, por encima de todo renunciamiento espartano a las tentaciones del

demonio. No podemos olvidar que desde el Paraíso —en cuyo suelo estuvo plantado el árbol del Bien y del Mal—, Satanás, insiste en hacer malas, torvas pero halagüeñas propuestas, y que el propio Cristo sufrió una de ellas cuando el “tentador”, según San Mateo, le ofreció “**todos los reinos del mundo y su gloria**”, si se postraba a sus pies y le adoraba. En el servicio exclusivo de Dios, nada más difícil que la profesión de cristiano, porque en estas sociedades que llamamos usual y ufanamente “católicas” o “cristianas” hay mucho disimulo e hipocresía, muchas estratagemas, apariencias y simulacros, y cuántas veces no se les vuelve la espalda a Cristo y a su Iglesia, después de pisar el último ladrillo de las iglesias o templos del culto —y aún dentro de ellos—, porque la deserción evangélica tiene sus raíces en la mente, en el corazón y en las ansias vesánicas de los pensamientos rapaces que azuzan nuestra soberbia, provocan la recaída de la criatura humana y una nueva crucifixión del Hijo del Hombre. En el severo juicio de Romano Guardini se establece que no son pocos los cristianos que viven en las iglesias, ¡pero no viven la Iglesia!

No son estos labios profanos y seguramente pecadores los que pronuncian el anatema riguroso, sino el mismo Cristo, cuando exclamaba en su último gran discurso del Templo estas implacables condenaciones: “¡Ay, de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y descuidáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto hay que practicar sin omitir aquello”. Y cuando Pío XI se refiere a las críticas pérfidas e injustas contra la Iglesia por los desórdenes económicos y sociales de los tiempos modernos, enjuiciándola como estrecha aliada de la explotación capitalista o de los explotadores del sudor proletario, no vacila en afirmar enérgicamente: “Es en verdad, lamentable, venerables hermanos, que haya habido y aún ahora haya quienes llamándose católicos, apenas se acuerdan de la sublime ley de la justicia y de la caridad, en virtud de la cual nos está mandado no solo dar a cada uno lo que le pertenece, sino también socorrer a nuestros hermanos necesitados, como a Cristo mismo; esos, y esto es lo más grave, no temen oprimir a los obreros por espíritu de lucro. Hay, además, quienes abusan de la religión y se cubren con su nombre en sus exacciones injustas, para defenderse de las reclamaciones completamente justas de los obreros. No cesaremos nunca de condenar semejante conducta; esos hombres son la causa de que la Iglesia, inmerecidamente, haya podido tener la apariencia y ser acusada de inclinarse de parte de los ricos, sin conmoverse ante las necesidades y estrecheces de quienes se encontraban como desheredados de su parte de bienestar en esta vida. La historia entera de la Iglesia claramente prueba que esa apariencia y esa acusación son inmerecidas e injustas”. También Pío XI en su célebre carta-encíclica “*Quadragesimo Anno*” expone desnudamente los conflictos y escozores de algunas zonas del mundo católico con la promulgación de la “*Rerum Novarum*”, y en términos francos dice que “no faltaron quienes en medio de tanta concordia experimentaron alguna conmoción; de donde provino que algunos, aún católicos, recibiesen con recelo —y otros hasta con escándalo—, la doctrina de León XIII, tan noble y profunda, y para los oídos mundanos, totalmente nueva”.

Por fortuna, la Universidad Pontificia Bolivariana ha dado pruebas admirables —demostraciones auténticas—, de que sus profesionales son íntegramente fieles a los primeros principios jurados, armadura y levadura intrínsecas de su origen, y en un reciente episodio de larga y honda acústica nacional, quizás por el grueso volumen de los intereses económicos y mercantiles en juego, un dilectísimo compañero fundador defendió corajudamente, sin vaguedades ni esguinces, sin reservas ni eufemismos, arriesgándolo todo, la totalidad de nuestra ideología cristiana sobre la empresa privada o libre empresa, frente a las tesis arcaicas o anacrónicas, pero altaneras, de los últimos fósiles y sobrevivientes del individualismo manchesteriano.

Fuera de las múltiples excelencias doctrinarias y litúrgicas del Concilio Vaticano II —o de la esencia ideológica de las últimas encíclicas sociales del Pontificado—, para nosotros la Iglesia católica es una revolución permanente, desde la gruta de Belén hasta Paulo VI. Porque el Evangelio de Cristo —sus principios, normas y enseñanzas—, ha buscado siempre la transformación del mundo a través de la transfiguración del hombre que, ordinariamente, acostumbra vivir en las mismas orillas del abismo, en las fronteras del desvarío, la demencia y la perdición. La verdadera revolución de la Iglesia no está únicamente proclamada en algunas arengas sociales modernas, ni en sus audaces mudanzas litúrgicas, ni en la indumentaria remozada de los religiosos de ambos sexos, ni en la música folclórica que profana la austeridad de los santuarios religiosos en la celebración del Santo Sacrificio de la Misa. De ninguna manera. Esa revolución —la más genuina de todas las revoluciones cristianas—, la encontramos afirmada en los preciosos contextos paulinos que nos hablan vivamente del poder invencible de “la locura de Dios” que deshace el poder de “los sabios según la carne”.

Esta Universidad Pontificia Bolivariana, es, inevitablemente, obra de esa “locura de Dios”, que, según San Pablo, es más sabia que los hombres, lo mismo que la flaqueza de Dios es más poderosa que los hombres. “Y sí mirad, hermanos —agrega el apóstol—, vuestra vocación: pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios la necesidad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que no es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es, para que nadie pueda glorificarse ante Dios. Por El sois en Cristo Jesús, que ha venido a seros, de parte de Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención, para que, según está escrito, el que se gloríe se gloríe en el Señor”.

Según una perspicaz disgresión orteguiana se establece que el conmemorar —que es un recordar en público, en comunidad, por que la conmemoración es la solemnidad del recuerdo—, no es algo que podamos llamar pasivo, inerte o desidioso, “porque el recordar es un hacer. No es que el pasado venga por su pie hasta nosotros, sino que nosotros vamos al pasado, volvemos a él, merced a esa extraña condición del hombre que le permite movilizarse libremente por todas las dimensiones de su tiempo y ser igualmente futuro, presente y pretérito”. Eso somos nosotros ahora en este ágape fraterno y en esta remembranza cordial de nuestros seis lustros esforzados de existencia católica-boli-

variana. Estamos conjugando tres tiempos indicativos que nos permiten colocarnos delante de lo que fuimos y ensoñamos en las horas augurales de nuestra fundación, ante la prodigiosa realidad que nos circunda y que nos honra a todos y frente a un porvenir que vislumbramos despejado y fértil, pleno de más nutridas cosechas y de frutos más gloriosos, si nuestros cimientos siguen siendo la misma roca de Dios que nos sirvió de primer principio, si la tutela de nuestro Excelentísimo Canciller, Monseñor Tulio Botero Salazar, permanece como lumbre inextinguible, si Monseñor Félix Henao Botero, Rector Magnífico, y Guillermo Jaramillo Barrientos, Rector de la Facultad de Derecho, nuestra inicial célula creadora, y todas las esclarecidas figuras directivas del claustro, lo mismo que los alumnos egresados, los fundadores de la gigantesca obra emprendida, permanecemos lealmente uncidos a la sagrada gesta que presidió Monseñor Manuel José Sierra, quien hubo de entregarse en cuerpo y alma a las primeras jornadas, para que esa inmolación nos sirviera de prueba de fuego al producirse su ausencia definitiva, pulsando así el metal de nuestras almas, sus frágiles o finos quilates. La adversidad es la más fecunda de las escuelas, y las lecciones del dolor extraen del hombre fuerzas espirituales y reservas morales incalculables. “Hay hombres que aparecen como nuevos —escribía Emerson—, cuando oyen una amenaza, hombres que se presentan hermosos y amables, como una novia, ante una crisis que intimida y paraliza a la mayoría y que no exige prudencia o fortuna, sino comprensión, firmeza y prontitud para el sacrificio. En las tremendas crisis, en el incansable sufrimiento y en las grandes aspiraciones, es cuando se demuestra el ángel de cada uno. Demos gracias a Dios de que existan tales alturas”.

El hombre marxista es el militante de un partido cuya filosofía materialista —histórica y dialéctica—, preconiza que son los hechos los que modelan nuestro espíritu y facetan nuestra vida interior. Por eso Carlos Marx creía equivocadamente —como lo demostró Lenin al transformar una realidad con sus propios puños—, que “no es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino la realidad social la que determina su conciencia”. El hombre cristiano, en cambio, juzga que su mentalidad y conciencia tienen que ponerse en conflicto con una realidad social que es adversa a los principios que pueblan y alimentan su ser, que son la savia de su fe. De aquí que no pueda aclimatarse doctrinaria ni moralmente en realidad social oprobiosa e injusta y deba buscar por buenos caminos la manera de corregirla, de cambiarla. Y del esplendor y riqueza de su existencia interior tienen que partir las rectificaciones o enmiendas del mundo exterior, grávido de infracciones evangélicas, de fugas y abdicaciones de Cristo. El profesional bolivariano tiene que hacer suyas las heroicas palabras de Jacques Maritain cuando expresa —al referirse a los imperativos de la nueva cristiandad—, que “los cobardes huyen en retirada lejos de las cosas nuevas, pero los hombres de coraje huyen hacia adelante, a tomar posesión de las cosas nuevas”.